

RESEÑAS

Frank Laczko y Christine Aghazarm (eds.), *Migration, Environment and Climate Change: Assessing the Evidence*, Ginebra, International Organization for Migrations (IOM), 2009, 441 pp.

En el ámbito académico internacional hay poco acuerdo sobre las repercusiones que podría tener el cambio climático sobre las migraciones en un horizonte de varias décadas a futuro. Las posturas varían entre los “minimalistas”, quienes consideran que el medio ambiente es sólo un factor circunstancial y marginal en la decisión de emigrar –motivada realmente por razones económicas y por la acción de las redes sociales transnacionales, de acuerdo con las explicaciones teóricas más aceptadas al respecto–; y los “maximalistas”, quienes auguran que el deterioro ambiental será una causa directa de importancia creciente que puede forzar el desplazamiento de varios millones de seres humanos conforme avance el siglo XXI.

El libro editado por Laczko y Aghazarm hace una aportación fundamental al debate entre “minimalistas” y “maximalistas” al reunir una docena de reportes de investigación en torno a la evidencia científica existente para tratar de dilucidar si acaso podemos esperar desplazamientos de personas cuyo motivo principal sea el deterioro de sus entornos naturales; y de ser así, cuál será la magnitud de los mismos y cuáles deben ser las respuestas en materia de política migratoria por parte de los países afectados.

La obra es un tanto ambivalente por el diseño mismo de la recopilación. Visiones maximalistas y minimalistas se entrelazan al pasar revista a las evidencias y al hacer notar que, ante un fenómeno social multicausal como es la migración, la alteración del medio ambiente difícilmente aparece como una causa exclusiva. Muchas veces tampoco es un factor determinante del desplazamiento humano, incluso en casos de desastre natural.

De hecho, en varios reportes de esta obra se destacan ejemplos recientes, ilustrados con datos demográficos formales –como aquellos recopilados luego del paso del huracán Katrina en Nueva Orleans, en 2005–, de los cuales se desprende que la emigración permanente no es un resultado claramente observable entre la gran mayoría de la población afectada por un desastre natural. En pocas palabras, depende de muchas circunstancias que

ocurra o no un desplazamiento masivo luego de una catástrofe natural, y en la mayoría de los casos se tratará de desplazamientos internos, o hacia sitios cercanos, y básicamente temporales antes que permanentes, salvo para algunos grupos como los jóvenes no propietarios, entre otros.

Sin embargo, existen razones para esperar movimientos de personas como resultado del deterioro paulatino del medio ambiente –al menos como un componente importante en la decisión de emigrar–, en un proceso gradual e incluso como parte de una estrategia de adaptación al cambio climático. Por ejemplo, una familia puede enviar a algunos de sus integrantes más jóvenes a buscar empleo en otra comunidad distante, incluso si ello implica traspasar fronteras de manera documentada o indocumentada, para obtener ingresos que financien las obras necesarias para adaptarse a los cambios en el ecosistema circundante.

En cualquier caso, los estudios incluidos en la obra coinciden al menos en dos aspectos. El primero es que no existe la suficiente evidencia empírica que permita evaluar el vínculo entre migración y cambio climático. Por ejemplo, se incluye un reporte preliminar de un proyecto de la Comisión Europea para explorar tal vínculo a partir de estudios de campo en 23 escenarios en el mundo. Los escenarios/países fueron seleccionados debido a que presentan procesos de deterioro ambiental evidente, como inundaciones extremas, desertificación, erosión de los suelos, escasez de agua o sequías, potencial elevación del nivel del mar y contaminación industrial. El estudio está diseñado con todo rigor científico, y se reportan avances interesantes observados en Mozambique, Níger y Vietnam. No obstante, la conclusión preliminar de que “la migración ambientalmente inducida tiene el potencial de convertirse en un fenómeno de una escala y un alcance nunca antes experimentado en la memoria humana” (p. 233, mi traducción), se antoja un tanto desproporcionada e inconsistente con los hallazgos reportados, al menos en este texto.

El segundo aspecto, en el que hay coincidencia entre las aportaciones, consiste en que el deterioro ambiental impactará en mayor medida a las poblaciones más pobres, pues son más vulnerables por vivir en sitios de mayor riesgo de inundaciones, sequías, desertificación y erosión. Asimismo, la previsión común es que a mayor pobreza, menor capacidad para tomar medidas de adaptación a los cambios climáticos, incluidas las reducidas posibilidades para emprender con éxito algún proyecto de emigración personal o familiar.

El libro integra un par de estudios que resultan paradigmáticos en torno al posible impacto del cambio climático sobre el desplazamiento interno e internacional de personas. El primero, de Asmita Naik, se refiere al impacto de los desastres naturales sobre la migración. Su premisa funda-

mental atrapa al lector desde el inicio: si los desastres naturales habrán de incrementarse como consecuencia del cambio climático, se precisan políticas públicas que refuercen la mitigación de los riesgos y los mecanismos de respuesta ante la devastación resultante. Al analizar los datos disponibles, como los recopilados en el *World Disasters Report* de la Cruz Roja Internacional, así como por medio de un recuento de la bibliografía sobre el tema, la autora subraya que posiblemente no habrá migración permanente luego de algún desastre, a menos que los afectados carezcan de alternativas razonables o apoyos gubernamentales. Es decir cuando no tengan más opción que emigrar, aunque aún podrían retornar en un porcentaje muy elevado si ello es físicamente posible.

En contraparte, Michelle Leighton se concentra en evaluar la migración que pudiera producirse por una degradación paulatina de los ecosistemas, con particular énfasis en la desertificación y la escasez de recursos hídricos. Destaca el hecho de que, de acuerdo con la organización no gubernamental Oxfam, las sequías en África son cada vez más recurrentes; han pasado de una por década, a una cada dos o tres años. Asimismo, subraya que hay una tendencia tres veces más elevada a emigrar por sequías recurrentes que por inundaciones continuas, y lo ejemplifica con datos sobre emigración y sequías en Senegal. La evidencia, de nueva cuenta, no es concluyente, aunque varios estudios citados en este texto convergen en distinguir un impacto importante en el movimiento permanente de personas debido a sequías y desertificaciones, a diferencia del impacto más evidente pero temporal que tienen los desastres naturales sobre la decisión de los afectados a mudar su lugar de residencia.

El trabajo de la investigadora estadounidense Susan Martín, titulado “Managing Environmentally Induced Migration”, advierte que el cambio climático puede inducir flujos migratorios debido a cuatro factores principales: *a)* la intensificación de los desastres naturales, *b)* el incremento en la temperatura atmosférica y la consiguiente escasez de recursos hídricos, *c)* la elevación del nivel del mar, *d)* una mayor competencia humana sobre recursos naturales cada vez más escasos. Sobresale su recomendación en torno a que se analice el vínculo entre migración y cambio climático en foros como la Conferencia de Cambio Climático y el Foro Mundial sobre Migración y Desarrollo (FMMD). Ambas reuniones acontecerán en México durante 2010; el FMMD incluirá una mesa especial de análisis sobre cambio climático, migración y desarrollo, lo cual hará de la reunión en Puerto Vallarta una ocasión histórica por ser pionera en este tema.

Finalmente, de especial interés para los elaboradores de políticas migratorias resulta la necesidad, señalada en varios de los textos, de avanzar en la creación de mecanismos de protección internacional para los despla-

zados a causa del deterioro ambiental. Sean docenas, centenares, millares o millones, aún no existe en el derecho internacional actual la figura de “refugiados ambientales” o “personas desplazadas por el medio ambiente”, término este último propuesto por la OIM.

Así, la obra editada por Laczko y Aghazarm destaca como referencia obligada en este momento de reflexión sobre una asociación entre migración y cambio climático, de la cual no se cuenta aún con una evidencia clara y detallada. Tal circunstancia requiere, precisamente, de la difusión de los datos disponibles, el desarrollo de otros indicadores y sobre todo la discusión mejor informada de un fenómeno cuyas consecuencias pueden ser definitivas, especialmente para las poblaciones más vulnerables al cambio climático, que son las más pobres del planeta.

JUAN CARLOS CALLEROS ALARCÓN

D. Sunshine Hillygus y Todd G. Shields, *The Persuadable Voter: Wedge Issues in Presidential Campaigns*, Princeton, Princeton University Press, 2008, 249 pp.

En las elecciones de 2008, Barack Obama recaudó y gastó más de 740 millones de dólares en su campaña presidencial. En México, para la campaña presidencial de 2006, el PAN gastó más de 550 millones de pesos, la alianza PRI-PVEM más de 800 y la Coalición por el Bien de Todos más de 620, todos ellos del erario público. ¿Y todo para qué? Lo que también lleva a preguntarse: ¿realmente importan las campañas? Y de ser así, ¿qué tanto?

The Persuadable Voter se incorpora al debate, iniciado hace ya algunas décadas, de la importancia y enfoque de las campañas electorales. Al hacer una amplia revisión de la crítica al respecto, centrada en el caso estadounidense, los autores (Hillygus y Shields son profesores de ciencia política en las universidades de Duke y Arkansas, respectivamente) discuten la teoría del votante medio, en la que los dos partidos (Republicano y Demócrata) moderan sus posturas con el fin de atraer a los independientes. Sin embargo, en las últimas elecciones (2000 y 2004) se ha visto una mayor polarización del electorado, con estados claramente republicanos o demócratas, donde se enfatizan temas muy divisivos, lo que ha dado origen a teorías de que los candidatos apelan a “su base”. La argumentación del libro busca, precisamente, explicar el fenómeno, mostrando que se trata de una falsa dicotomía: no sólo se apela a la base o a los independientes, se apela a votantes estratégicos con temas específicos.

¿Pero quiénes son estos votantes estratégicos y cómo se los convence de votar por uno u otro candidato? Ese es el tema central, que se acota en la

pregunta de investigación que guía al libro: “¿Qué explica la decisión de los candidatos de hacer campaña usando temas divisivos?” (p. 2). Hay tres argumentos centrales para contestar tal pregunta. Primero, algunos de los votantes más persuasibles en el electorado –aquellos más sensibles a la información de campaña– son partidarios que no están de acuerdo con su partido en un tema que les importa. Segundo, los candidatos tienen la oportunidad de atraer a estos votantes persuasibles enfatizando los temas que provocan el conflicto interno. Y tercero, los avances en la información y las tecnologías de la comunicación han promovido el uso de temas divisivos al facilitar la identificación de aquellos a los que deben dirigirse y el tipo de mensajes que hay que enviarles (pp. 3-4).

Además, su teoría del votante persuasible va a contracorriente de tres mitos sobre la política en Estados Unidos: 1) la percepción de que los más recientes candidatos presidenciales utilizan temas divisivos para cohesionar a su base (sí usan tales temas, pero no con ese objetivo); 2) la visión de que la polarización en Washington ha provocado mayor polarización en el electorado; 3) la idea de que los votantes persuasibles son el segmento menos admirable del electorado (los menos informados y sin actitudes políticas claras).

Para cimentar los argumentos previos es muy importante la concepción del votante que presentan los autores. Se alejan de los dos extremos: los votantes perfectamente consistentes y los votantes irracionales. Se acercan a la concepción de Key en *The Responsible Electorate*: el que alguien vote por dos partidos distintos en dos elecciones adyacentes puede deberse a una preocupación sobre cuestiones políticas relevantes. Se trata de una visión menos simplificada del votante; se los considera individuos con diversas predisposiciones, algunas de ellas más importantes que otras, no forzosamente todas alineadas con el partido con el que se identifica ni completamente congruentes entre sí. De ahí que los candidatos no busquen cambiar las predisposiciones del votante, sino usar aquellas que le pueden dar el voto (pp. 21-23). Es precisamente la complejidad en el sistema de preferencias (y no la idea de un votante unidimensional), la que explica la posibilidad de incongruencias.

De ahí que los votantes persuasibles son aquellos que en algún tema que consideran importante difieren con la posición del partido con el que usualmente se identifican. En el capítulo 3 los autores se avocan a medir qué tan grande es este segmento, y descubren que es nada desdeñable. Por ejemplo, en la elección de 2004, de los que estaban registrados en algún partido, 67% no estaba de acuerdo con la plataforma partidista en al menos un tema que consideraba importante (p. 63). Según su medición más conservadora, estiman que 25% del electorado son partidarios persuasibles; eso sin contar a

los independientes que podrían atraer (p. 68). Más aún, esto no es algo nuevo. A partir de los datos disponibles, muestran que estas incongruencias no son recientes: desde 1972 los niveles se han mantenido relativamente estables. Las divisiones en el interior de las coaliciones demócrata y republicana tampoco son nuevas. Por ejemplo, hay temas en los que los demócratas no coinciden: matrimonio homosexual y derecho al aborto, los cuales han usado los republicanos para atraer algunos demócratas a su causa.

¿Los candidatos han aprovechado estas divisiones? ¿Cómo? Eso se responde en el cuarto capítulo. Al analizar evidencia empírica de las últimas elecciones encuentran que las campañas sí han buscado transformar las divisiones en el interior de un partido en votos para el candidato del partido opositor. Pero para que ello ocurra se necesitan dos condiciones, no suficientes pero sí necesarias: que el tema cobre relevancia y que los candidatos tengan posturas explícitamente opuestas. Si bien a lo largo de los años se ha visto, de manera consistente, que la afiliación partidista es lo que mejor predice el voto, lo que presentan los autores es un matiz importante que ayuda a explicar esos cambios que hacen que uno u otro candidato gane la elección.

El quinto capítulo, en primera instancia, parece no embonar del todo con el libro, ya que se trata de un caso de estudio con una visión principalmente histórica y enfocado en un periodo temporal anterior a lo analizado en los datos de los capítulos previos. Sin embargo, al leerlo resulta no sólo el más entretenido, sino fundamental, pues muestra que uno de los realineamientos electorales más importantes en la historia reciente de Estados Unidos es congruente con la teoría postulada en el libro. La estrategia sureña republicana es precisamente una muestra, en las décadas de 1960 y 1970, del uso de temas divisivos para resquebrajar la coalición contraria, ganar votos y controlar estados. El cambio de estrategia de Nixon, que de buscar el voto afroamericano en el norte pasó a promover el voto blanco conservador en los estados del sur, implicó el cambio de agenda o de temas a enfatizar. Los autores también muestran que conforme cambian las coaliciones, se transforman las hendiduras a explotar. En Estados Unidos así sucedió, al pasar de los temas raciales a los morales.

El sexto capítulo, que detalla las estrategias de campaña en la elección de 2004, hace especial énfasis en los avances para promoción de candidatos. Asumir una postura específica en un tema tiene riesgos y beneficios: puede atraer a algunos votantes y alienar a otros. Las campañas presidenciales, al dirigirse a un electorado plural y heterogéneo hacen que muchas veces los candidatos tengan posturas ambiguas en temas divisivos. Pero, como se ha visto en los capítulos anteriores, son estos temas los que pueden atraer los votos necesarios para ganar. ¿Cómo aprovechar los beneficios sin

incurrir en riesgos excesivos? Las últimas elecciones han visto el surgimiento de nuevas tecnologías que permiten usar temas divisivos sin perder adeptos. La idea es dar diversos mensajes a grupos o personas diferentes, según sus prioridades. La gran cantidad de información que se ha recabado sobre los votantes y sus preferencias, así como el avance del *microtargeting*, han permitido la focalización de los mensajes, para afinar la segmentación, y pasar de hacerla por estados, a hacerla de manera individual.

El correo electrónico se ha vuelto un medio útil para entregar mensajes personalizados a votantes estratégicos (votantes persuasibles en estados donde la competencia es cerrada). Además, ha mostrado tener mejores rendimientos costo-beneficio que anuncios genéricos, como los que se presentan en televisión. Ello ha permitido que haya más énfasis en temas divisivos, lo cual ha alejado a los candidatos del centro, del votante medio. Los datos presentados muestran que estas campañas personalizadas han sido especialmente intensas en estados competidos y enfocadas a votantes con posibilidades de modificar su voto (*swinglers* e independientes).

La conclusión tiene la virtud no sólo de cerrar lo expuesto previamente, sino de explorar algunas de las posibles implicaciones negativas de las nuevas campañas personalizadas y que usan temas divisivos para el sistema político y las instituciones. Éstas son, primero, el aumento de la desigualdad política. Es decir, al poderse dirigir exclusivamente a los votantes estratégicos, los candidatos pueden ignorar a grandes sectores de la población. Segundo, que se vuelva más superficial el debate. Los mensajes divisivos, que atraen votantes, suelen no ser los más importantes para la mayoría de los electores. En la medida que se enfatizan éstos, el candidato estará ignorando los principales problemas en la agenda. Tercero, una crisis de gobernabilidad. La tendencia a campañas más segmentadas hace que los candidatos hagan una multiplicidad de promesas fragmentadas, que una vez en el gobierno será imposible armonizar, ya que podría suceder que no todas sean congruentes entre sí. Además, habrá que dar mayor prioridad a algunas, lo que podrá aumentar la decepción de algunos sectores que votaron por el candidato.

Es importante hacer una anotación sobre la metodología del libro. Los autores son conscientes de las posibles fallas al tratar con bases de datos tan extensas. En tal sentido, son bastante cuidadosos en lo que se refiere al fraseo, codificación y manejo de los datos. Se agradece que no incluyan en el texto principal las cuestiones estadísticas y que escriban de manera clara los resultados de las mismas (lo que facilita la lectura). En todo caso, se presentan tales datos en el apéndice. Además, el libro en general es una buena muestra de la triangulación de métodos en ciencias sociales: el uso de los enfoques cualitativo y cuantitativo para explicar de manera más

robusta un fenómeno. En tal sentido, en la conclusión también mencionan las limitaciones de su argumento: el sistema electoral y de partidos que hay en Estados Unidos hace que lo expuesto no se replique forzadamente en otros países. Sin embargo, como lo muestra el caso de Australia (p. 196) la “americanización de las campañas” aporta incentivos para la utilización de estrategias de persuasión personalizadas.

Las palabras finales son un ejercicio de prospectiva; con todo, algunas de las tendencias que apenas se vislumbraban ya son una realidad. Por ejemplo, el uso intensivo de redes sociales virtuales explica, en buena medida, el éxito de la campaña presidencial de Obama. Esto es una muestra de la rápida evolución de las estrategias electorales en países cada vez más intercomunicados, y de cómo las explicaciones y teorías que se van desarrollando al respecto tienen un retraso de, por lo menos, una elección.

En tal sentido, el libro ayuda a matizar la respuesta a preguntas previamente formuladas, pero abre muchas agendas de investigación sobre las estrategias electorales actuales. Es decir, no se trata de un argumento muy novedoso (nadie inventa el hilo negro), sino de una respuesta bastante bien formulada que constituye un paso más para entender las complejas y cambiantes dinámicas electorales. Y aunque el lenguaje es claro y no se pierde en arabescos estadísticos, el libro se dirige a un público más bien especializado, con conocimientos de ciencia política.

En resumen, *The Persuadable Voter* es una explicación con buenos argumentos y suficiente evidencia empírica sobre los procesos electorales estadounidenses, en especial de 2000 y 2004. Es un libro que merece la pena ser leído, aunque en el futuro próximo deberá ser complementado por nuevas aportaciones que expliquen los avances en lo que a estrategia electoral se refiere. Después de todo, las campañas continuarán y recursos invertidos en ellas no serán pocos.

ANDRÉS RUIZ PÉREZ

Humberto Garza Elizondo (ed.), Jorge A. Schiavon y Rafael Velázquez Flores (coord.), *Paradigmas y paradojas de la política exterior de México: 2000-2006*, México, El Colegio de México / Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2010, 472 pp.

El libro que nos ocupa recopila trabajos diversos de investigadores con una amplia trayectoria en los estudios internacionales. Su principal acierto es la identificación de las principales paradojas que han rodeado la formulación de la política exterior de México, en particular las que correspondieron a

la gestión de Vicente Fox. En dicho sentido, cada artículo se ocupa de desentrañar variables específicas para medir logros o retrocesos en la política exterior. De esta forma, los análisis logran establecer la pertinencia de la “paradoja” como categoría analítica de la política exterior mexicana, lo cual resulta en una perspectiva novedosa y productiva. Por tanto, el libro provee un marco general del cual se puede partir en el estudio de la política exterior desde una amplia retrospectiva histórica.

No obstante la propuesta, la principal debilidad del libro radica en el uso del concepto de paradigma, pues no logra constituirse en un marco sistemático a partir del cual se fundamenten algunas de las reflexiones de los distintos autores. La aportación se limita a enunciar las características generales de los principales paradigmas de las relaciones internacionales: realismo, liberalismo y constructivismo. En consecuencia, una fuerte desvinculación es notable entre los diferentes estudios de caso y su relación con el objetivo central planteado al inicio, que propone enmarcar las reflexiones bajo un paradigma específico.

A pesar del desfase que en algunas ocasiones puede percibirse entre un artículo y otro, comparten como eje temático los cambios y continuidades que mostró la política exterior de la administración de Fox. Su contexto son dos hechos trascendentales: la transición democrática en México y la guerra global contra el terrorismo. En tres líneas de análisis se describen las particularidades de una política internacional controversial: evaluación general, temas centrales de las relaciones de México y análisis de la diversificación regional de la política exterior.

En la primera sección, Ana Covarrubias examina la política exterior “activa” de Vicente Fox contrastándola con la de Luis Echeverría. Analizando tendencias generales entre ambas gestiones, la autora identifica elementos similares que permitieron a México tener un papel protagónico en el sistema internacional. La principal aportación de Covarrubias es proponer que una política exterior activa debe tener estrategias e intereses claros en función de las capacidades internas del país.

En un trabajo inédito, Jorge A. Schiavon analiza las percepciones de los mexicanos en materia internacional mediante el uso de encuestas de opinión. De esta forma revela las preferencias sobre determinados aspectos de la política exterior y desentraña una serie de temas centrales respecto a la relación de México con el mundo. Junto a los resultados, el trabajo intenta servir como referencia para los tomadores de decisiones, a fin de promover una política exterior que refleje los intereses o preferencias nacionales.

Por su parte, Érika Ruiz Sandoval repasa la política exterior de Vicente Fox subrayando la incoherencia entre objetivos y resultados desplegada por su administración. Tras señalar la incapacidad para aprovechar el llamado

“bono democrático”, la autora desdeña el “nuevo estilo” adoptado por el régimen foxista y pone de manifiesto las capacidades reales del país para desempeñar un papel significativo en el ámbito internacional. En este sentido, hace un llamado a redefinir las prioridades internacionales de México y de los medios para su consecución.

Con otros términos, Rafael Velázquez ilustra en su artículo cómo se condujo la política exterior de México durante el sexenio al trazar un balance general de los logros y retrocesos alcanzados. Divide el capítulo en tres ejercicios: ubicación del proyecto de política exterior propuesto, análisis de las acciones realizadas por regiones y evaluación de los alcances obtenidos en función de los objetivos planteados. Con el apoyo de material estadístico, el autor alcanza varias conclusiones que explican los desatinos y la continuidad en la política exterior, pese a la promesa de cambio.

En cuanto a los temas centrales que definieron las relaciones internacionales de México, Jesús Velasco discute la cuestión del acuerdo migratorio con Estados Unidos. Se concentra en explicar el fracaso del acuerdo a partir de la lógica misma del sistema político estadounidense. Velasco argumenta que, aun sin los sucesos del 11 de septiembre, el Congreso de Estados Unidos no presentaba condiciones óptimas que hubieran permitido la consecución del amplio acuerdo migratorio propuesto por Fox. La conclusión presenta una polarización en la sociedad estadounidense y un momento histórico que marcha a la exclusión cultural en el futuro inmediato.

Por su parte, en cuanto a la seguridad nacional, Raúl Benítez Manaut destaca la continuidad del modelo autoritario priista en el plano político-estratégico adoptado por la élite foxista. El autor analiza los tres casos de mayor impacto en este ámbito a lo largo del sexenio: la crisis de Chiapas, la inseguridad pública y el narcotráfico. Con base en lo que se percibe como uno de los grandes debates de la actualidad, el autor postula la necesidad de un cambio en el paradigma de seguridad nacional frente a los nuevos esquemas de democratización y gobernabilidad del país.

A su vez, José Luis Piñeyro desarrolla una revisión teórica y empírica que permite conocer los avances conceptuales y retrocesos sobre seguridad nacional. El concepto de seguridad nacional manejado con Fox fue el de mayor elaboración teórica respecto a gestiones anteriores; sin embargo, la retórica –enmarcada en el Plan Nacional de Desarrollo– no correspondió con cambios positivos en la realidad social. Al final, la seguridad nacional se vio vulnerada desde múltiples dimensiones, internas y externas.

El último capítulo de la segunda sección estudia el despliegue de la política exterior mexicana en el sistema de Naciones Unidas y analiza los motivos, alcances y límites que ésta tuvo. Para ello, Arturo C. Sotomayor sostiene que el papel de México en la ONU siempre ha sido un tema priori-

tario y que con Fox la participación en dicho organismo fue “inusualmente activa, aunque controvertida y polarizada”. A pesar del activismo, el autor considera que no se lograron los objetivos esperados debido a un contexto internacional caracterizado por un sistema unipolar. El autor concluye que la postura de México en la ONU reveló un cambio doctrinario de la política exterior mexicana, aunque no desarrolla tal afirmación.

La tercera sección del libro se dedica a la política exterior de México desde una perspectiva regional. Inicia con un capítulo dedicado al balance de los resultados de dicha política en el escenario de América del Norte. De esta forma, Susana Chacón señala los beneficios pero también los problemas que el gobierno mexicano enfrentó en su relación con Estados Unidos y Canadá, estudiando cuáles fueron las principales directrices de México en su relación con Norteamérica.

En el siguiente apartado, Guillermo Guajardo analiza la relación de México con América Latina y el Caribe. A diferencia de la mayoría de los analistas, el autor plantea que Vicente Fox sí buscó reestructurar la política exterior hacia dicha región y que la acción gubernamental no fue errática. De acuerdo al autor, la gestión del sexenio estuvo influida por las ideas del Partido Acción Nacional y por un rompimiento con el acervo de relaciones heredadas por el PRI. Este último factor permite, de acuerdo con el autor, explicar los enfrentamientos observados en múltiples relaciones bilaterales con esa región.

Por su parte, Lorena Ruano evalúa las relaciones entre México y la Unión Europea. Afirma que éstas pasaron de “un inicio eufórico y esperanzado al tedio de la rutina y la decepción”. Tras hacer un recuento cronológico, la autora identifica varios factores internos, externos, así como coyunturales, que fueron minando la relación con las instituciones comunitarias. Destaca en su análisis el trato de la guerra en Iraq y la importancia de mantener relaciones estrechas con Estados europeos que brindan cotos de maniobra vitales para la política exterior mexicana.

La relación de México con China es revisada por Romer Cornejo, quien subraya la creciente presencia económica internacional del país asiático. De forma acertada, advierte la necesidad de profundizar en el estudio de las relaciones entre ambos países debido al aumento sustancial del intercambio comercial, que ha colocado a China como el segundo socio comercial de México y principal competidor en el mercado estadounidense. Luego de una revisión histórica y comercial del fenómeno, el principal aporte del autor es destacar la ausencia de una política coherente del gobierno de Fox frente a China.

Otro país relevante durante el sexenio fue Japón. Al respecto, Víctor Kerber Palma examina el caso del llamado Acuerdo de Asociación Econó-

mica que entró en vigor en 2005. Luego de relatar con lucidez el proceso que llevó a la firma, los actores involucrados y los distintos ambientes que desembocaron en dicho acuerdo, Kerber cuestiona los beneficios reales que el acuerdo produjo para México, calificado en un inicio de acierto en los esfuerzos por diversificar la política exterior.

También sobre la región de Asia-Pacífico, el capítulo de Juan José Ramírez Bonilla pone de relieve el papel prioritario de esa región en la dinámica global, visible en sus foros regionales. La idea central advierte la necesidad de cambiar el enfoque tradicional de la política exterior de México, ampliando las regiones prioritarias en su agenda externa, así como los actores involucrados en el estudio, diseño, supervisión y evaluación de su política exterior.

En el último capítulo del libro, Hilda Varela trata un tema poco estudiado en la política exterior mexicana: las relaciones con el África subsahariana. A pesar del viraje que se esperaba con Fox hacia dicha región, Varela llega a la conclusión de que esta zona sigue “ausente” en la política exterior mexicana, pues el acercamiento con los países del área continúa sesgado por el prejuicio y el desconocimiento. No obstante, la autora llama la atención sobre la importancia que tiene la región para México como herramienta para equilibrar las relaciones internacionales del país y posicionarse como potencia media.

Finalmente, desde esta perspectiva multi-dimensional, los autores concluyen que la política exterior de Fox presentó más elementos de continuidad que de cambio. A grandes rasgos, la lectura que puede hacerse sobre las tendencias en materia internacional durante la administración foxista, de acuerdo al análisis presentado en el libro, es la siguiente: el interés nacional de México se circunscribió a la relación con Estados Unidos, lo que limitó, una vez más, el margen de maniobra de la política exterior mexicana; existió un énfasis en los temas económicos; fue perceptible un distanciamiento en las relaciones diplomáticas con América Latina; y el ejercicio de la política exterior estuvo constreñido al juego de los intereses de los actores políticos internos.

A pesar de lo completo y sustancial de la propuesta, tres son las críticas que pueden hacerse a la investigación debido a la amplitud de las temáticas analizadas:

En primer lugar, no provee al lector las herramientas teóricas suficientes que permitan establecer una aproximación más general al estudio de la política exterior de México. El intento por convertirse en un estudio que establezca líneas generales de acción y propuestas específicas se limita en la *praxis* a los esquemas de la administración de Fox, ante la inconsistencia en el uso de los paradigmas.

En segundo lugar, algunos de los objetivos planteados no se cumplen cabalmente. En este sentido, el objetivo principal de identificar la falla de la política exterior para constituirse como instrumento efectivo del desarrollo y el bienestar del país, no logra establecerse de forma clara y concisa en la conclusión; en cambio, se puede desprender una vez llevada a cabo la lectura detenida de los artículos que componen el libro.

Finalmente, por lo reducido del espacio, muchos de los acontecimientos que explican el trazo de los objetivos en la política exterior, no se exploran a profundidad en algunos de los textos, en específico, aquellos que tuvieron que ver con un cambio doctrinario en el régimen.

No obstante las limitaciones, este libro puede servir de guía a quienes busquen reflexionar sobre procesos específicos suscitados durante la administración de Vicente Fox. En general, ofrece argumentos o premisas que permiten comprender las variables intrínsecas en la planificación de una política exterior.

De especial interés puede resultar al lector la presencia de estudios regionales, al igual que la revisión de la política exterior mexicana desde diversas aristas: la visión de los actores, sus estrategias desplegadas, el contexto internacional y regional, así como el plano interno y la opinión pública. Esto permitirá comprender las directrices generales que marcaron el sexenio y, en muchos casos, obtener una mirada innovadora para el estudio de la política exterior.

JUAN CARLOS CASTILLO